

CRISTIANDAD Y GLOBALIZACIÓN.

REFLEXIONES DESDE UNA PERSPECTIVA TOMISTA

Resulta innegable la evidencia de la conformación de un denominado **“nuevo orden mundial”**, expresivo de un concepto de **“globalización”**, que involucra una cosmovisión omnicomprensiva de lo humano. Este proceso, como no podría ser de otra forma, abarca significativamente la política contemporánea.

Esta nueva y mundial cosmovisión exige, al pensamiento católico en particular, respuestas válidas para estos nuevos “signos de los tiempos”.

En primer lugar, el actual proceso de globalización encubre una serie de cambios radicales en las esferas económica, social y política.. Pero el instrumento básico para su consolidación es esencialmente **cultural**. Porque es por la penetración cultural que se busca lograr el objetivo de una crisis de identidad, la desarticulación de las economías nacionales y el retroceso de los mecanismos de protección social que respaldan la solidaridad nacional, encuadrándose en una marcada ofensiva ideológica. De este modo, las referencias culturales de los pueblos —y sus sistemas de valores— son agredidos por la penetración cultural del modelo dominante y los valores asociados a este modelo.

Los elementos constitutivos de ese modelo cultural globalizado apuntan a la constitución de modos de vida que promueven el capitalismo mundializado y el sistema de antivalores que lo respalda. Este modelo cultural, promovido por el capitalismo y su principal centro de impulsión —los grandes grupos estadounidenses con proyección transnacional—, agrade hoy, con propósitos hegemónicos, a las sociedades del mundo occidental, buscando destruir, no solo la identidad cultural de cada pueblo, sino también, y sobretodo, **imponer una cultura sustitutiva** de la originaria de occidente, cultura que promovió y constituyó los valores de solidaridad y los principios éticos que la respaldan. De este modo, el nuevo modelo tiene bien claro que **el enemigo es “el mensaje evangélico y las exigencias éticas”** que el mismo implica para la vida del hombre en sociedad. En otros términos, **el objetivo es la sustitución de la “cultura católica”**.

Ha señalado Monseñor Aguer que “el concepto de globalización parece expresar la unidad del mundo, y en cuanto tal comporta un valor objetivo que es necesario constatar y aquilatar. Se le puede atribuir un contenido moral que no es ajeno a la cosmovisión cristiana, ya que la unidad del género humano tiene que ver con la verdad de la creación y de la redención e importa sobremanera a la misión de la Iglesia”, y que ese

proceso de globalización, “que arrasa los mejores valores de los pueblos, a los que vacía de su identidad tradicional” (...) es susceptible de ser orientado y gobernado para ponerlo al servicio de las sociedades, de las economías y de las culturas del mundo entero. La fórmula correcta de la globalización sería: un mundo de patrias, en el que sean efectivamente consideradas y respetadas la subjetividad de cada nación y su soberanía integral.”¹.

Es un hecho que el hombre contemporáneo ha sido formado en una cultura relativista y acrítica. El rechazo al esfuerzo de la reflexión, de la discriminación, le hace víctima fácil de cualquier error, blanco fácil de toda mentira. El resultado es que el hombre moderno lo cree todo y no cree en nada. Ello ha facilitado la irrupción de un **pensamiento único, global, débil, acrítico y relativista**. Por eso es terriblemente vulnerable a manipulaciones y abusos. Ya no se quiere conocer y vivir la verdad, se abandona el discernimiento, la crítica, el criterio para asumir que lo que vivimos es lo real, que lo que nos reiteran los medios de comunicación es verdadero, que todo y todos tienen la razón menos el Papa, la Iglesia y la doctrina de Cristo. Ya Pablo VI, en 1971, enfatizaba que **“el proceso de secularización que afecta a nuestras sociedades de forma radical, puede parecer irreversible**. No es solamente el hecho de que las instituciones, los bienes, las personas se sustraigan al poder o al control de la jerarquía de la Iglesia: ¿Qué puede ser más normal, en efecto, si se piensa en las tareas humanas de suplencia que la Iglesia se ha visto obligada a asumir en el pasado? Pero **el fenómeno**, vosotros sabéis, **llega mucho más lejos, en los planos cultural y sociológico**” (...), la historia, la filosofía y la moral, muestran tendencia a tomar como única fuente de referencia al hombre, su razón, su libertad, sus proyectos terrenos, fuera de una perspectiva religiosa que no es compartida por todos. **Y la misma sociedad, deseando permanecer neutral frente al pluralismo ideológico, se organiza independientemente de toda religión, relegando lo sagrado a la subjetividad de las conciencias individuales**”. Y el Papa veía a **“esta secularización, que implica una autonomía creciente de lo profano”**, como **“un hecho característico de nuestras civilizaciones occidentales”**, y que ha posibilitado la aparición del **“secularismo como sistema ideológico”**, al que toma **“como objetivo, como fuente y como norma de progreso humano, y llega hasta reivindicar una autonomía absoluta del hombre ante su propio destino**. Se trata, entonces, se podría de-

¹ Monseñor Héctor Aguer, *El fenómeno de la globalización: orientaciones para un discernimiento pastoral*, intervención en la Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina. Roma, 22 de marzo de 2001.).

cir, **de una ideología, un nuevo concepto del mundo, sin apertura, y que funciona en su totalidad como una nueva religión**". Y para el Papa, del secularismo actual que aparece como "un **enemigo mortal del cristianismo**, que una conciencia cristiana no podría aceptar sin renegar de sí misma; tan es verdad que el ateísmo verdadero, por definición del hombre y del mundo, se sitúa en el plano de una inmanencia cerrada en sí misma."²

La respuesta, pues, al modelo propuesto y en vías de ejecución, está en la **revaloración del concepto de Cristiandad**, es decir, viendo de nuevo la Cristiandad, como si fuera la primera vez; está, pues, en la necesidad de **redescubrir las nociones de "civilización cristiana" y de "cristiandad"**. Y esto porque el pensamiento católico nos exige siempre remontarnos a los orígenes y en ellos discriminar su bondad o maldad. Observando el origen vemos los medios y las consecuencias. Con su aceptación o rechazo obramos con perfección evitando, de paso, las penosas secuelas de las malas inspiraciones. Aprender a distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre lo real y lo imaginario, entre lo bueno y lo malo, la mentira y el error nos permite prevenir desastres e impide cualquier tipo de tentación o manipulación. Tener criterio, actuar con discernimiento, quiere decir que evaluamos lo verdadero de las cosas. Tener voluntad de bien es querer hacerlas con perfección, con santidad. Lo contrario es entregarnos al error, a la mentira, a la más vergonzosa de las esclavitudes.

No podemos aceptar la idea de la inexorable decadencia de la cultura y de la decrepitud de Europa y de su esfera intelectual. Los cristianos no podemos aceptar esta interpretación pesimista; por encima de la estructura quebradiza y deleznable de la Historia está la firmeza permanente del Cuerpo Místico de Jesucristo, está la visión de la Cristiandad.

Juan Pablo II expresó que "**toda la actividad humana tiene lugar dentro de una cultura y tiene una recíproca relación con ella**. Para una adecuada formación de esa cultura se requiere la participación directa de todo el hombre, el cual desarrolla en ella su creatividad, su inteligencia, su conocimiento del mundo y de los demás hombres". Siendo la cultura la resultante de la resultante de "la concepción que tiene [el hombre] de sí mismo y de su destino", es precisamente "a este nivel donde tiene lugar **la contribución específica y decisiva de la Iglesia a favor de la verdadera cultura**". Y "la Igle-

² Pablo VI, Discurso al Secretariado para los no creyentes, sobre el proceso de secularización (18/3/1971).

sia lleva a cabo este servicio *predicando la verdad sobre la creación del mundo*, que Dios a puesto en las manos de los hombres para que lo hagan fecundo y más perfecto con su trabajo, y *predicando la verdad sobre la Redención*, mediante la cual el Hijo de Dios ha salvado a todos los hombres y al mismo tiempo los ha unido entre sí haciéndolos responsables unos de otros”³.

El concepto de Cristiandad es omnicompreensivo, pues engloba todas las relaciones del hombre con Dios en sus creencias y también en su conducta moral. Sostiene el Padre Meinvielle que para “conocer la razón de un fenómeno social” (...) no cabe sino una respuesta que sólo puede dar la teología de la historia”, es decir, “la historia, y la historia de nuestros días, vista a la luz de las enseñanzas de la Revelación cristiana”, porque “Cristo nos ha traído un mensaje que debe iluminar a todo hombre que viene a este mundo”, y “este mensaje es propagado, en forma autorizada y en su integridad por la Cátedra romana en la que se prolonga el magisterio de Cristo”⁴.

Y basándose en el Evangelio de San Mateo (6, 33: “Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura”), afirmando que “esta palabra de Cristo —palabra como todas la suyas de Vida eterna— tiene valor y vigencia para la historia de los pueblos cristianos, que son por otra parte los pueblos rectores del mundo”, se preguntaba el Padre Julio “¿qué ha de pasar con los pueblos cristianos si llega un momento de la historia que, lejos de tomar en serio la palabra de su Señor y de dedicarse a la propagación de su reino por el mundo, se entregan a la erección de la ciudad del Hombre, y ponen todas sus energías para edificar la ciudad del mañana en la que le sean solucionados todos sus problemas”. Y respondía: “Si la palabra de Cristo tiene valor y debe ser tomada en serio, habrá de acaecer necesariamente que esa ciudad, lejos de proporcionarle al hombre su felicidad, traerá su ruina y desgracia, ruina y desgracia, por otra parte, en la medida en que el hombre posponga la búsqueda del reino de Dios y se concentre en su propio bienestar”⁵.

Estamos ante “un proceso en el cual los pueblos que han conocido y practicado el Mensaje cristiano han promovido una Revolución contra este Mensaje. Esta es la Revolución anticristiana. Cristo dijo: «Buscad primero el reino de Dios». Y los pueblos cristianos le contestan: «De ninguna manera, Buscaremos primero nuestro bienestar. Edifi-

³ Juan Pablo II, *Encíclica Centesimus annus*, Nro 51.

⁴ Julio Meinvielle, *El comunismo en la revolución anticristiana*, Ed. Teoría, Buenos Aires, 1961, pp. 8 y 9.

⁵ *Ib.*, pp. 9 y 10.

caremos la ciudad del Hombre». Y he aquí que, desde hace casi cinco siglos, la Europa cristiana ha comenzado a volver sus espaldas al Evangelio, a su propagación, y se ha dedicado a empresas puramente materiales”⁶.

“El «buscad primero el reino de Dios» , no es una palabra vacía del Señor. Es una ley para los pueblos. Es una ley de la Historia. Es una solución también para los pueblos y para la Historia que, cuando por infidelidad han caído en los abismos de la degradación, encuentran su remedio en la Palabra del Señor. Logos quiere decir Palabra. Y el mundo de hoy, sobre todo el mundo que fue cristiano y ya no lo es. Necesita del soplo del Logos, de la Palabra, que lo levante y le dé nueva vida”(…) Sólo esta Palabra puede salvarle”⁷.

La Iglesia lucha para conservar y perpetuar esta herencia cristiana. Es necesario luchar contra enemigos poderosos, rompiendo los lazos de la muerte y venciendo a los enemigos, del mismo modo que Él lo hizo en el Calvario. Los enemigos de hoy tratan de destruir el ideal del individuo. Es una herejía intelectual que busca penetrar dentro de la vida académica y universitaria, pues el enemigo ha aprendido la gran lección de la Iglesia Católica y sabe que si ellos pudieran moldear la mentalidad de la juventud de hoy, controlarían los hombres del futuro. Nosotros no solamente anhelamos establecer los principios cristianos en la vida del individuo; buscamos formar también una relación internacional fundada en los principios divinos de justicia y caridad. La sociedad, como el individuo, es obra de Dios y dependiente en su existencia del Todopoderoso. El ignorar este principio de la justicia ha dado lugar a la mayor amenaza de la paz mundial. La igualdad está basada en la independencia; la independencia supone el derecho de cada nación de controlar sus propios puntos internos, sin contraposición de nadie, igual se trate de grandes potencias como de pequeños países.

Es imprescindible el esfuerzo para replasmar los fundamentos éticos de la cultura, afectados por el secularismo y por los ataques, constantemente renovados, para abolir una ética basada en el orden natural y en el decálogo. Instituciones internacionales y organizaciones no gubernamentales vinculadas a las Naciones Unidas, que cuentan con ingentes recursos financieros, son las que impulsan la difusión de antivalores que pugnan por imponerse como nuevos derechos. Hispanoamérica es objeto prioritario en ese perverso intento de difusión de esta mentalidad, que va aflorando incluso en decisiones legislativas que ponen en cuestión y riesgo la genuina libertad y los derechos de la fami-

⁶ Ib., p. 10.

⁷ Ib., pp. 12 y 13.

lia. La dignidad de la persona y el valor de la vida han de ser reivindicados con claridad y fortaleza. La ley natural, expresada en el decálogo, y el Sermón de la Montaña son el fundamento insoslayable de una cultura verdaderamente humana y cristiana, según corresponde a la índole de los pueblos hispanoamericanos.

Como expresaba Monseñor Aguer, “sólo el **fortalecimiento de la identidad católica** de los pueblos de América Latina, que es obra de la verdad y de la gracia y la vivencia de la comunión que se funda en ellas, les permitirá superar felizmente los desafíos de la globalización.”⁸

Existió la Cristiandad. La Cristiandad, el Milenio cristiano, existió históricamente, realizándose en una cultura y una sociedad netamente cristianas. El Evangelio de Cristo impregnó profundamente el mundo secular de Europa, y de las huellas formidables de aquel mundo procede la mayor parte de la bondad y belleza que aún existen en Occidente, entre los muchos horrores culturales, sociales y estéticos traídos por la apostasía moderna. “La Cristiandad logró, dentro de la universalidad de la caridad que uno a los más diversos pueblo y razas, mantener en un equilibrio perfecto todas las virtualidades del hombre tanto en su vida e individuo singular como en su proyección social”⁹. Escribió León XIII que «hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. En aquella época la eficacia propia de la sabiduría cristiana y su virtud divina habían penetrado en las leyes, en las instituciones, en la moral de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad. La religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente en el grado de honor que le corresponde, y florecía en todas partes gracias a la adhesión benévola de los gobernantes y a la tutela legítima de los magistrados. El sacerdocio y el imperio vivían unidos en mutua concordia y amistoso consorcio de voluntades. Organizado de este modo, el Estado produjo bienes superiores a toda esperanza. Todavía subsiste la memoria de estos beneficios, y quedará vigente en innumerables monumentos históricos, que ninguna corruptora habilidad de los adversarios podrá desvirtuar u oscurecer»¹⁰. Y San Pío X nos dio la pauta rectora para nuestro actuar concreto «No, la civilización no está por inventar, ni la ciudad nueva por construir en las nubes. Ha existido, existe, es la civilización cristiana, es la ciudad católica. No se trata más que de instaurarla y restaurarla sin cesar sobre sus fundamentos naturales y

⁸ Monseñor Héctor Aguer, l. c.

⁹ Julio Meinvielle, *Los tres pueblos bíblicos en su lucha por la dominación del mundo*, Ediciones Diction, Buenos Aires, 1974, p. 276.

¹⁰ León XIII, *Encíclica Inmortale Dei*, 1-XI-1885 [9].

divinos, contra los ataques siempre nuevos de la utopía malsana de la revolución y de la impiedad»¹¹.

“Cristiandad viene de *Cristianitas* y significa un conjunto de pueblos, que públicamente se propone vivir de acuerdo con las leyes del santo Evangelio de las que es depositaria la Santa Iglesia”¹². “Cuando las naciones, en su vida interna y en sus mutuas relaciones, se conformen con las enseñanzas del Romano Pontífice y, en la economía, en la política, en la moral, no legislen sino de acuerdo a su sagrado Magisterio, tendremos un concierto de pueblos cristianos, o sea una Cristiandad”¹³.

Pero, en el decurso la historia, “la Cristiandad ha desaparecido. Queda, sí, la Iglesia con su poderosa organización externa dilatada por todo el orbe y con su poderosísimo dinamismo interno que quiere incendiar el mundo en la caridad de Dios”¹⁴. Se preguntaba el Padre Julio: “¿Logrará la Iglesia vencer las ingentes resistencias que en el corazón de los pueblos se oponen a su acción? ¿Logrará convertir al mundo en Cristiandad? He aquí el problema planteado”¹⁵.

Se evidencia que, frente a la propuesta secularista totalitaria constitutiva del “nuevo orden mundial”, la restauración de la Cristiandad aparece como única respuesta válida. Es propio de la Iglesia un “dinamismo de dominación universal”¹⁶, entendido por un hecho irreversible: “existe en la tierra una institución universal, fundada por Dios, llamada Iglesia Católica, Apostólica, Romana, que tiene como destino la dominación espiritual de todos los pueblos”, siendo “menester, para católicos y no católicos, poner de relieve la fuerza histórica de esta verdad. Porque si Jesucristo es Dios y Cristo ha fundado la Santa Iglesia con este destino que debe realizarse en el tiempo, es evidente que la Santa Iglesia debe ser considerada por el historiador que no quiera equivocarse, con esta fuerza operativa gigantesca que logrará su objetivo, a pesar de todos los pesares y contra la más descomunal fuerza de la correntada histórica”¹⁷. Y “la Cristiandad entonces debe realizarse como un hecho universal” (...), entendida como el “reinado espiritual dentro

¹¹ Carta Apostólica *Notre Charge Apostolique*, 25-VIII-1910 [11].

¹² *Ib.*, 14.

¹³ *Ib.*, p. 15.

¹⁴ *Ib.*, p. 16.

¹⁵ *Ib.*

¹⁶ *Ib.*, p. 28 y ss.

¹⁷ *Ib.*, pp. 29 y 30.

de la historia, por el triunfo de la Santa Iglesia”¹⁸. Por lo tanto, es deber del historiador cristiano, pues, analizar “la dominación universal de la Iglesia y el momento actual”¹⁹.

“Si la Cristiandad ha de surgir, ello ha de ser por una acción positiva del dinamismo divina de la misma Iglesia que ha de alcanzar a las almas, a la familia, a los grupos sociales y ha de culminar finalmente en la vida pública y política de las naciones”²⁰. “Es necesario entonces que las mismas naciones se cristianicen. Cuando esto haya comenzado, la Cristiandad también estará comenzando a formarse”²¹. El Magisterio auténtico, centrado en la figura del Pontífice cumple rol prioritario, pues, como decía el entonces Cardenal Ratzinger, el Papa es el “*abogado de la memoria cristiana*”. “*No impone desde fuera, sino despliega la memoria cristiana y la defiende*”²². Y es precisamente esa memoria cristiana que está amenazada por una subjetividad que se olvida de su propio fundamento, y por una violencia que emana del conformismo cultural y social.

Expresaba el Padre Castellani que “Tomás de Aquino es de toda la Cristiandad entera, (...), y sobre todo de esta cristiandad latina a que tenemos el honor y el riesgo de pertenecer.(...)”²³. Es pues, el desarrollo del pensamiento del Aquinate, un instrumento imprescindible para esta batalla global que hoy enfrentamos, porque “en el tomismo se encuentra, por así decirlo, una especie de evangelio natural, un cimiento incomparablemente firme para todas las construcciones científicas, porque el tomismo se caracteriza, ante todo, por su objetividad; las suyas no son construcciones o elevaciones del espíritu puramente abstractas, sino construcciones que siguen el impulso de las cosas... Nunca caerá el valor de la doctrina tomista, pues para ello tendría que decaer el valor de las cosas”²⁴. Y culminaba su análisis recordándonos que “la Suma Teológica fue una de las más poderosas contribuciones a la culminación de la unidad occidental”²⁵. Pocos autores han enseñado con tanta firmeza como Santo Tomás que todos los cristianos están llamados a la santidad, sean religiosos, sacerdotes o laicos. Ahora bien, sabemos la importancia que Santo Tomás dio los dones del Espíritu Santo para la consecución de la perfección cristiana. Pues bien, el don de ciencia da a los cristianos, sea cual fuere su

¹⁸ Ib., p. 33.

¹⁹ Ib., p. 38.

²⁰ Ib., p. 52.

²¹ Ib., pp. 52 y 53.

²² Cardenal Joseph Ratzinger, Alocución en Dallas ante el Sínodo de los Obispos norteamericanos, en 1991, con el lema ‘*Si quieres la paz, respeta la conciencia de todo hombre*’.

²³ Leonardo Castellani, *Anteprológo a la Suma Teológica*; Ed. Club de Lectores, Tomo I, Bs. As., p. IX.

²⁴ Pío XII, *Discorsi*, Vol. I, Turín 1960, pp. 668-669, citado por Pablo VI, en la *Carta en el séptimo centenario de Santo Tomás de Aquino*

²⁵ Leonardo Castellani, o. c., p. X.

vocación, un conocimiento profundo y como experimental de la verdad de las cosas humanas, de las realidades creadas, es decir, del mundo secular, y les hace valorar todas esas cosas en todo su verdadero precio, y a entender al mismo tiempo su vanidad, su condición caduca y deficiente. Ello nos facilita, pues, a ser “sal que sale”, a enfrentar, con las armas de la cultura católica, el proyecto del humanismo secular y su objetivo de consolidación de un “nuevo orden mundial” que es radicalmente “anticristiano”.

Hugo Alberto Verdera